

prometió desde el principio este divino Reparador de sus desgracias; pero no le envió sino después de cuatro mil años. La razón de esta dilación sólo á Dios es conocida. Sin embargo, los Santos Padres expositores y teólogos, encuentran varios motivos para ella. *Primero*, para que conociendo los hombres por una larga experiencia sus miserias y la suma necesidad de este soberano médico, le pidiesen fervorosamente al cielo, como en efecto lo hicieron los justos del Antiguo Testamento. *Segundo*, para manifestar la grandeza de este divino Redentor, cuya venida se esperó por tantos siglos, y se preparaba con tanto aparato y magnificencia. *Tercero*, para que anunciándole en todo este tiempo una multitud de profecías, figuras y sacrificios, los hombres no pudiesen dejar de conocerle cuando se presentase, viendo cumplido en su persona cuanto de él se había profetizado, figurado y representado. Por estos motivos y otros muchos que alegan, se dilató, según se alcanza á conocer por los hombres, la venida de Jesucristo hasta los cuatro mil años después de cometido el delito y prometido el remedio.

¿Y qué sucedió en el discurso de tantos siglos? Esto es de lo que debe tener alguna noticia el cristiano, y la que vamos á darle, aunque compendiada.

*Historia de los cuatro mil años del mundo hasta la venida de Jesucristo.*

En estos cuatro mil años la tierra fué poblada dos veces; una por los descendientes de Adán y Eva, y otra

por los de Noé y su muger. Adán y Eva, después de su destierro del paraíso, tuvieron hijos é hijas: el primer hijo se llamó Cain, y el segundo Abel. Cain mató á su hermano Abel, y en esta atrocidad principió á manifestarse la fiereza que el pecado original había introducido en el corazón humano. Este cruel fratricida fué tronco de una descendencia perversa, que formó hasta el diluvio universal un pueblo de malvados. Adán y Eva tuvieron un tercer hijo, al que su madre llamó Seth, diciendo: Dios me ha dado otro hijo en lugar de Abel, á quien mató Cain. Seth, inocente como Abel, fué tronco de una descendencia justa, que conservó el culto del Señor y la pureza de las costumbres, por más de mil años, hasta que mezclándose con la malvada raza de Cain por enlaces matrimoniales, vino á ser tan perversa como ella. Entonces, viendo el Señor que todos los hombres se habían pervertido, determinó acabar con todos por medio de un diluvio. Pero entre tantos criminales se hallaba un justo. Este era Noé; y el Señor, que no quería acabar con el género humano, sino con sus delinquentes, escogió á este justo para conservarle.

Antes de enviar el diluvio, le mandó que fabricase una arca grande para salvarse en ella con su familia, que se componía de su muger y sus tres hijos, Sem, Cam, y Jafet, y las tres mugeres de éstos; y para conservar también en ella las especies de los vivientes terrestres. Noé ejecutó puntualmente lo que le mandó el Señor. Fabricó el arca, se entró en ella con su familia, y encerró también en ella todas las especies de animales que viven en el aire y sobre la

tierra. El Señor la cerró por fuera, y en aquel momento principió el diluvio.

Los mares saltaron sus barreras y se arrojaron sobre la tierra, y las nubes, cubriendo el cielo, se abrieron por todas partes y estuvieron vertiendo torrentes sin cesar por espacio de cuarenta días y cuarenta noches, hasta que las aguas se elevaron quince codos sobre las cumbres mas altas. El arca subió al paso de las aguas, y siempre sobre ellas. Ciento y cincuenta días permanecieron éstas cubriendo el universo, sin disminuirse ni aumentarse. Cuantos vivientes habia sobre la tierra, y en el aire, perecieron. El arca, protegida y gobernada por el Señor, navegó todo este tiempo sobre aquel diluvio que se habia tragado al mundo, hasta que bajando las aguas, reposó sobre el monte Ararat en Armenia. Noé salió con su familia de esta prodigiosa nave, al año cumplido de haber entrado en ella, y sacó todos los animales que habia encerrado para conservar sus especies.

Noé, lleno de piedad y reconocimiento, levantó en seguida un altar, y sobre él ofreció á Dios un sacrificio de alabanza y acción de gracias. Vivió Noé aún mucho tiempo, y concluyó una vida de novecientos cincuenta años, con la muerte de los justos. Sus hijos volvieron á poblar la tierra con numerosas descendencias; pero desgraciadamente los delitos se multiplicaron con ellas, y la idea del Criador llegó casi á perderse. Adoraron á las criaturas, y se entregaron á una idolatría universal. Sin embargo, el conocimiento de Dios se conservó en algunas familias, y antes que se acabase de perder, eligió el Señor un

descendiente de Sem, para que lo trasmitiese á su posteridad. Abraham fué el dichoso escogido para tan gloriosa obra. Estando en Mesopotamia, su patria, el Señor le llamó y mandó que pasase á Canaan. Era esta la tierra que Dios habia destinado para que fuese la herencia del pueblo que iba á formar, la patria de su Santísimo Hijo hecho hombre, y el teatro de la redención del mundo. Y esta misma tierra es la que despues de haber nacido, vivido y muerto en ella Jesucristo, se ha llamado *Tierra Santa*.

Dios prometió á Abraham que tendria una numerosa descendencia, que seria la depositaria de su culto entre todas las naciones de la tierra, y que de ella naceria el Salvador de los hombres. Lo mismo repitió á su hijo Isaac y á su nieto Jacob, que tambien se llamó Israel. Jacob tuvo doce hijos, y estos fueron los cabezas de las doce tribus de *Israel*, que vinieron á formar el pueblo escogido de Dios. Murieron Abraham é Isaac en la tierra de Canaan, y Jacob quedó sin padre y sin abuelo, pero rodeado de una familia numerosa. Habitaba pacíficamente en aquella tierra feliz, cuando la envidia y el odio vinieron á turbar su sosiego. Jacob amaba singularmente á su hijo José, porque el Señor se lo habia concedido en su ancianidad, y sus hermanos tomaron envidia de esta preferencia, á la que se juntó un odio mortal, porque José dió cuenta á su padre de un crimen pésimo de sus hermanos. Estos tuvieron ocasion de haberlo á las manos en ausencia de su padre, y trataron de vengarse. Primero determinaron matarle, pero no atreviéndose á derramar la sangre de

su hermano, le arrojaron en un pozo sin agua, para que muriese en él abrasado de la sed y consumido de la hambre. A este tiempo pasaron por allí unos mercaderes que bajaban á Egipto, y sacándolo del pozo, se lo vendieron. Estos lo volvieron á vender en aquel reino, y José, en la condicion de esclavo, se grangeó con su virtuosa conducta el aprecio de su dueño. Siete años habia pasado en Egipto, cuando su rey Faraon tuvo unos sueños misteriosos que ninguno de sus adivinos supó interpretar. Dios comunicó la sabiduría á José, quien declaró los sueños, y en agradecimiento le nombró el rey su primer ministro é intendente general del reino. La administracion de José fué tan sábia, que todo abundó sobremanera en su tiempo. Hubo entonces una hambre general en la tierra de Canaan, que obligó á su padre Jacob á dejar su amada patria, y á pasar á Egipto con toda su familia, que, sin contar las mugeres, se componia de sesenta y nueve personas. José, vendido por sus hermanos, habia sido conducido allí delante de ellos por la divina Providencia, para ocurrir á esta necesidad, y fijarles en aquel reino, en el cual queria el Señor formar su pueblo.

En efecto, Jacob y su familia se establecieron en Egipto bajo la proteccion de José, á quien Dios habia hecho como padre del rey. Habian llevado de la tierra de Canaan sus rebaños, y continuaron pastoreándolos en Egipto, y sirviendo al Dios verdadero en medio de un pueblo idólatra. El Señor multiplicó de un modo asombroso esta familia escogida. Pero habiendo muerto José y subido al trono otro Fa-

raon, que no habia conocido ni experimentado sus beneficios, trató de contener esta prodigiosa multiplicacion de una manera cruel. Mandó á las parteras que matasen al nacer todos los niños que pariesen las mugeres de los *hebreos* (así llamaban á la familia de Jacob, sea porque descendia de *Heber*, sea porque habia venido de otra tierra); y no cumpliendo aquellas con esta órden inhumana, mandó al pueblo que los arrojase al rio. Pero no hay consejo contra el Señor. A pesar de estas órdenes de exterminio, y de los durisimos trabajos que impuso el rey á los *hebreos*, éstos continuaron aumentándose tan prodigiosamente como antes. Casi cien años se mantuvieron en Egipto sufriendo la esclavitud mas espantosa, hasta que compadecido el Señor de su afliccion, determinó sacarlos de tan duro cautiverio, y volverles á la tierra de Canaan, que habia prometido á Abraham para su descendencia, y que por esta promesa se llamó *tierra de promision, ó prometida*.

Dios eligió á Moises, descendiente de Leví, hijo tercero de Jacob, para esta portentosa empresa, y le dió por compañero á su hermano Aaron. Estos enviados del Señor se presentaron á Faraon, y le intimaron la órden de Dios para que diese libertad á su pueblo; pero el rey se negó absolutamente á permitir su salida. Entonces el Señor afligió al rey y al reino con diez calamidades terribles, que se han llamado *plagas de Egipto*. La última fué la muerte de todos los primogénitos, desde el hijo del rey, que se sentaba con él en su trono, hasta el hijo de la esclava que molia en la tahona,

En aquella noche de horror en que el ángel del Señor ejecutaba esta plaga espantosa, se oyó un clamor lastimero de llantos y lamentos en todo Egipto, porque no había casa en que no se hallase un muerto. Aterrado Faraon, llamó á Moises y á Aarón, sin esperar que amaneciese, y les mandó que saliesen al momento ellos y todo su pueblo. Los mismos egipcios les estrechaban fuertemente á que saliesen, diciendo: "Si no salís, todos moriremos."

Apenas aclaró el día, salió toda la multitud de los hijos de Israel, y se dirigió á la tierra de promision, en número de mas de tres millones, todos descendientes de aquellos sesenta y nueve varones que componian la familia de Jacob cuando entró en Egipto. Multiplicacion asombrosa que el Señor había concedido á la descendencia de Abraham, Isaac y Jacob, para formar de ella el pueblo que les había prometido. Luego que salieron de Egipto, el Señor envió un ángel que les precediese y guiase.

Este ángel del Señor marchaba á su frente, envuelto en una nube, que les hacia sombra en el día, y les alumbraba en la noche. Faraon se arrepintió de haberles dado libertad; puso en movimiento todo su ejército; marchó en su persecucion, y los alcanzó á las márgenes del mar Rojo. Entonces la nube, dejando el frente del pueblo, fué á colocarse detras de él, y se situó entre el ejército y el pueblo. Moises extendió su mano sobre el mar, por órden del Señor, y el mar se dividió, formando sus aguas dos montañas á derecha é izquierda del camino que por él abrió el Señor á su pueblo. Entraron los hijos de Israel por medio

del mar seco, y siguiendo su alcance los egipcios, entraron tambien en pos de ellos; pero interpuesta siempre la nube. Luego que acabaron de pasar los israelitas, volvió Moises á extender su mano sobre el mar, y desplomándose aquellas montañas de agua que se habían formado á derecha é izquierda del camino, envolvieron en sus abismos á Faraon, sus carros, sus caballos, sus caballeros y todo su ejército, sin quedar un solo hombre que llevase noticia á Egipto. Así libró el Señor para siempre al prisionero Israel de sus tiranos. Los israelitas acamparon en la ribera opuesta, y al volver los ojos al mar, por cuyo abismo habían pasado, poseidos de un asombro que solo ellos podrian explicar, adoraron al Dios de los portentos, bendijeron de mil modos su omnipotencia, y entonaron, en la efusion de su reconocimiento, aquel admirable canto de accion de gracias, que ha sido como el modelo de los cantos que se han dirigido despues al cielo.

Cumplidos estos deberes, dejaron aquellas riberas para siempre memorables, y se dirigieron á la tierra prometida tantas veces á sus padres. El ángel del Señor, envuelto siempre en la nube, les precedia y guiaba, y Moises, su caudillo, les ordenaba y gobernaba. Cuarenta años anduvieron por un árido desierto, y en todo este tiempo conservó el Señor sus vestidos y calzados sin gastarse; les alimentó con el maná ó pan del cielo, y les dió agua, que hizo manar con abundancia de una durísima piedra. Al fin de los cuarenta años, en los que obró el Señor portentos inauditos con su pueblo, llegó á la tierra prome-

tida y se posesionó de ella. Allí vinieron á formar una nacion poderosa. Al principio fueron dirigidos por jueces que gobernaban en nombre del Señor; mas á los trescientos años de este gobierno, quisieron tener rey como las demas naciones, y el Señor les concedió á Saul. Este primer rey de Israel, fué desechado del Señor por su inobediencia, y para sucederle se escogió un siervo fiel en David, cuya descendencia ocupó el trono hasta la venida del Mesías, que debía nacer de su familia. Diez siglos corrieron desde que subió David al trono, hasta que bajó de él su último descendiente. En este tiempo envió el Señor muchos profetas que anunciaron hasta las mas pequeñas circunstancias de la venida del Mesías, desde su bajada á la tierra hasta su vuelta á los cielos. El reino entero, por decirlo así, no fué otra cosa que una viva y continuada representacion de este Hijo del Altísimo, que habia de venir á salvar al universo. Su Jerusalem, su templo, sus cultos, sus sacrificios, sus triunfos y sus derrotas, sus prosperidades y sus desgracias, todo representaba claramente al Hijo de Dios vestido de nuestra carne mortal. ¡Por tanto tiempo, y de un modo tan magnífico, preparó el Padre Eterno la venida de su Eterno Hijo!

*Historia de Jesucristo desde su bajada de los cielos hasta su vuelta á los cielos.*

Quando todo estuvo preparado para recibirle; quando tuvieron su cumplimiento las profecías que señalaban el tiempo de su venida; quando las semanas de

Daniel iban á tocar su término; quando el cetro de Judá habia pasado á un extraño, y ya no reinaba sobre la casa de Jacob un descendiente de David; en fin, quando aquel pueblo escogido y destinado para ser el teatro de los portentos de Dios y preparar la venida de su Santísimo Hijo, hubo cumplido su mision y su destino, entonces este Hijo del Padre Eterno bajó del seno de su Eterno Padre, encarnó en las entrañas de la Santísima Virgen, y sin dejar de ser Dios, quedó hecho hombre. ¡Portento nuevo! ¡Prodigio inaudito! ¡Exceso del amor de un Dios; que para redimir al siervo entregó al Hijo!

Pero este Hijo del Altísimo, que habia encarnado en Nazareth, debia nacer en Belen, segun estaba profetizado, y el edicto de un emperador proporcionó el cumplimiento de esta profecia. Mandó César Augusto que se empadronase todo el orbe, y los judios que estaban ya sujetos á su imperio, fueron á dar cada uno su nombre al pueblo de donde traia su origen. San José y la Santísima Virgen subieron de Nazareth á empadronarse en Belen, ciudad de David, porque ambos descendian de esta familia real. Quando emprendieron su viage se hallaba ya la Santísima Virgen cercana al parto. Despues de haber andado treinta leguas de camino, llegaron por fin á Belen, y las personas mas grandes y mas amables del mundo tuvieron que recogerse en un establo, porque no habia cabida para ellos en el meson. ¡Qué desamparo! pero tal era el palacio que elegia para nacer el que habia escogido una Cruz para morir.

Hallándose en el establo, llegó el tiempo de dar á